

San Lorenzo, 22 de mayo de 2010.

Estimado Sr.:

Me dirijo a vd. para comunicarle mi profundo pesar por la muerte de su padre, D. Miguel Delibes Setién, el pasado 12 de marzo. Disculpe la demora en el envío de esta carta, a la que acompaño también un humilde artículo que me publicó el Diario de León el 27/03/2010.

En él, hago un repaso a la obra escrita de D. Miguel uniéndola con el nexo de una obra (historia) imaginaria para dar coherencia al artículo.


He pensado que a vd. le gustaría conservar dicho artículo que quizá no conociese.

Después de tantos buenos ratos leyendo las obras de su padre, es lo menos que podía hacer para rendirle un homenaje personal y un tributo a su obra y su memoria.

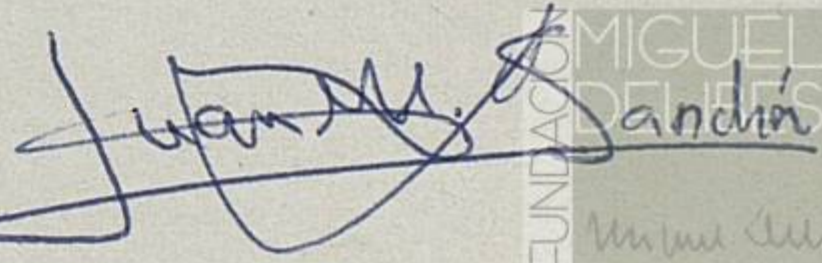
Actualmente trabajo en un centro de Educación ambiental de la Comunidad de Madrid, el Arboreto Luis Ceballos.

Tengo 31 años y soy Técnico de Medio Ambiente.

Quedo a su disposición. Mi tel. es 625701573

 juanmanuelSandinperetz@gmail.com.

Reciba un cordial saludo desde El Escorial.


 MIGUEL DELIBES
 FUNDACIÓN

OPINIÓN

El último héroe del castellano

Tribuna | JUAN M. SANDÍN PÉREZ

El pasado 12 de marzo fallecía en Valladolid Miguel Delibes Setién, la voz de Castilla, el escritor y periodista que encumbró la realidad de este rincón de España y la de sus habitantes, los castellanos, reflejándolas en su innumerable lista de libros y ensayos. El artículo que sigue a continuación aspira a ser tan sólo un humilde homenaje de uno de sus lectores, un leonés que ha querido enumerar simplemente la obra (en cursiva en el texto) de Delibes, ligándola entre sí a través de una historia que bien pudiera haber salido de la mente de Don Miguel, si no fuese porque la calidad de la misma no llega a rozar siquiera la de los más insignificantes textos de otro patriarca más de las Letras españolas que se nos va para reposar, ya de forma permanente, «en esa paz del corazón alada donde descansa el horizonte de Castilla» (Panero dixit). Seguir leyendo a Delibes en Castilla será el mejor de los homenajes que podamos tributar a su memoria. No dejemos de hacerlo: de otro modo nos perderíamos una Literatura con mayúsculas que nos habla de nuestra propia esencia.

Diario de un jubilado. Sí, ese es un buen título, pensé momentos después que *tres pájaros de cuenta* me sacaran de mi habitual sueño vespertino bajo la sombra fresca del parral del patio. Lo cierto es que estas siestas de sobremesa ahora que ya estoy retirado antes de ir a jugar la partida al bar Regio se han convertido en lo más parecido a aquellas otras *siestas con viento sur* de mi juventud.

Por aquel entonces, en las largas jornadas de trabajo en el campo de sol a sol, había tiempo apenas para un fugaz descanso tras el almuerzo dormitando sobre los dorados montones de parva sin *pegar la hebra* hasta que mi señor padre —a quien Dios tenga en su gloria— me sacaba de mis «meditaciones» sobre

Castilla, lo castellano y los castellanos con un socarrón (Vamos Miguel, que la tarde no espera, despierta, que aún es de día y no es hora todavía de dormir! Así era la vida por aquel entonces en los interminables campos vallisoletanos, tierras de pan llevar que continúan siendo uno de los «graneros de España». Eran tiempos de *vivir al día*, mirando siempre al cielo y pendientes de la maldita truenca, que de cuando en vez descargaba el terrible pedrisco que daba al traste con la faena de muchos meses de dedicación. Menos mal que también estaban *las alegrías de la caza* para aliviar la que por entonces era *una vida sobre ruedas*, las del carro tirado por los bueyes que nos llevaba y nos traía hasta los sembrados. Y de contesar aquí, que para un aficionado a la cinegética como yo, no había placer comparable al que sentía al salir, *con la escopeta al hombro* por entre los barbechos a buscar *las perdices del domingo*. O acercarme a los Torozos, otros donde *el conejo* campaba a sus anchas ajeno a *la censura en los años cuarenta*. Era la caza por entonces *el otro fútbol* para los que vivíamos lejos de los grandes estadios, en aquella Pucela campesina y provinciana.

Una vieja escopeta de perdigones que aún conservo como el tesoro, junto al *libro de la caza menor* que recibí cuando cumplí los catorce años, fueron los culpables de mi pasión por la venatoria. Pero todo comenzó mucho antes, en mi niñez, aquella fría tarde de *los Santos Inocentes*... Lo recuerdo como si fuese ayer mi no. Eusebio —a quien los mayores apodaban *El hereje*—, personaje que se pasaba los días vagando por las calles del barrio donde crecí, apareció ese día en la plaza más «belicosa» que de costumbre. Solía entrar a Valladolid por *el camino*, «de los muertos», así llamado porque era el que conducía al camposanto. Esta vez Eusebio venía con *la mortaja* que se supone llevaría el día de su muerte, asegurando ser *el príncipe destronado de Europa*,

parada y fonda por entonces, en aquella etapa convulsa de nuestra historia, de incomprensibles conflictos fratricidas entre hermanos que nada tenían que envidiar a las llevadas a cabo por nuestros antepasados en ultramar *por esos mundos: Sudamérica con escala en las Canarias*. Vociferaba que la causa del problema no era otra que la herencia de *Castilla como problema*. *La parábola del naufrago* que tras haber llegado a ser el imperio más poderoso había pasado a ser protagonista de su propia decadencia, en *un mundo que agoniza* en Castilla de forma silenciosa hoy más que nunca, cuando la cultura oral de lo rural desaparece en el pozo sin fondo del olvido y la indiferencia más absolutos.

Pero aquel día, la estampa de aquel mendigo acercándose hacia mí, montado como estaba yo en *mi querida bicicleta*, fue

cho, el mago en aquellos *dos días de caza* han podido superar las *aventuras, venturas y desventuras de un cazador a rabo de un año de mi vida*, después de *25 años de escopeta y pluma*. Aquel en el que, con *el disputado voto del señor Cayo*, se declaró la caza como *deporte de caballeros*, merecedora de *la hoja roja* del honor.

Quiero dejar también constancia en estas páginas de aquellas *cinco horas con Mario* que pasé en el Pisuegra, capturando *las ratas* de agua que en medio de la hambruna de la posguerra sirvieron de alimento a tantas y tantas familias humildes.

Menú *diario de un inmigrante* como Mario, tildado como «el loco» por los vecinos, porque escribía *cartas de amor de un sexagenario voluptuoso* a una esposa ausente en su *primavera de Praga* —correspondencia que quizá nunca llegase a su destino, pero que él nunca dejó de escribir con el trazo inseguro pero indeleble del grafito. Y que enviaba convertidas en barquichuelas de papel que cada semana abandonaba en las orillas del río. Conjurando incluso a *mis amigas las truchas* para que protegiesen sus mensajes.

Y este es sólo un ejemplo más de la preocupación a *diario de un cazador* como yo, sobrio y convencido de que *Castilla habla* a quienes quieren y saben escucharla. Pues así me lo expresó también *mi idolatrado hijo Sisi*, al volver de uno de nuestros paseos. —¿Sabes una cosa papá? Me dijo. —Cuando el viento pasa entre los trigales parece como si les oyera contar tus historias, y por eso sé que éstos me seguirán hablando de ti cuando tú ya no estés.

Estoy preocupado por *la Tierra herida: ¿qué mundo heredarán nuestros hijos?* Me pregunto lo mismo cada atardecer aquí, en mi querida tierra castellana, el único lugar que conozco realmente, donde *la sombra del ciprés es alargada* para tocar mejor el cielo. Castilla: la tierra donde *la caza de la perdiz roja* continúa siendo tan maravillosa como lo era en aquella *España 1939-1950*. He dicho.

Seguir leyendo a Miguel Delibes, la voz de Castilla, será el mejor de los homenajes que podamos tributar a su memoria

reveladora. Dirigió su mirada penetrante hacia mis ojos y me aseguró que *mi vida al aire libre* sería larga, y que veía en *mi madera de héroe*. No sé si sería porque los niños que abandonan la niñez son más receptivos a las *viejas historias de Castilla la Vieja*, pero lo cierto es que *el tesoro* de aquel encuentro marcó mi destino, como también lo hiciera aquella caricatura que dibujé de una *señora de rojo sobre fondo gris* para El Norte de Castilla, y que me dio a conocer en el periódico de mi ciudad. Con el paso del tiempo, ni la relación peculiar entre *USA* y yo ni los *dos viajes en automóvil: Suecia y Países Bajos* en *el último coto de caza menor del continente europeo*, acompañado por *Na-*

LA OPINIÓN DEL LECTOR

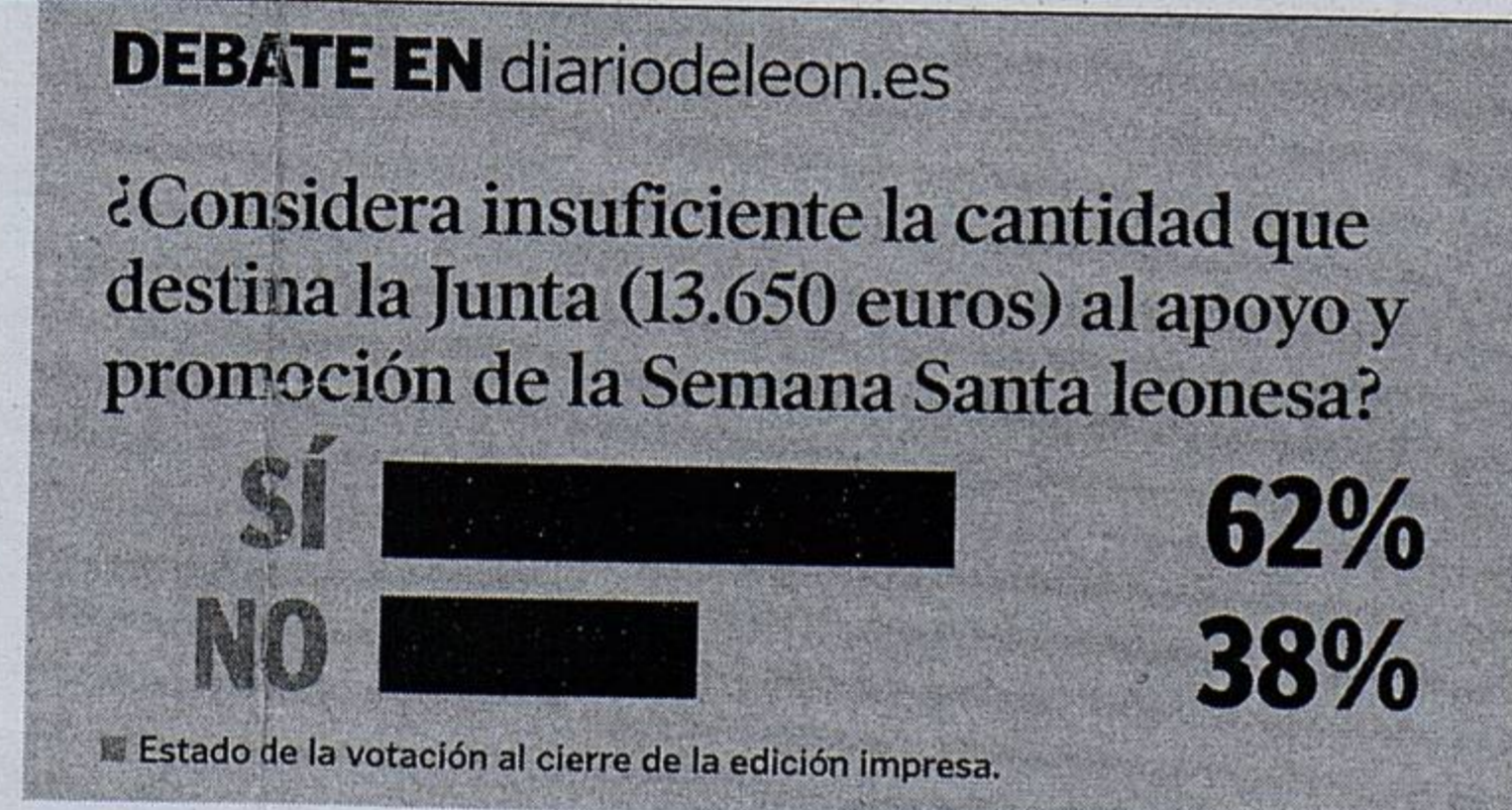
Homenaje a los bomberos caídos

Vivir en un entorno rural, me permite a diario ser testigo privilegiado del deplorable estado de nuestros montes como consecuencia tanto del implacable cambio climático que nos acecha como del nulo aprovechamiento actual del inmenso recurso forestal del país. Si a ambos aspectos añadimos ciertos comportamientos humanos reprochables y caprichos de la naturaleza, el cóctel resulta explosivo. El pasado año, sin ir mas lejos, en el dantesco incendio de Horta de Sant Joan, varios bomberos perdieron su lucha contra unas llamas indomables que tiñeron de luto a muchas familias, al cuerpo de bomberos y al resto de sociedad civil.

La lucha contra esta lacra tan devastadora encarnada en forma de incendios forestales, debe abarcar no tan solo a los

bomberos sino a la sociedad en su conjunto, pues lo cierto es que en demasiadas ocasiones poco pueden hacer éstos cuando el gran monstruo despierta con furia. Además de concienciar a la población para evitar comportamientos doloos y negligentes, la potenciación del uso de la biomasa autóctona es el arma secreta en manos de la ciudadanía para combatir eficazmente al gran enemigo de nuestros bosques.

En efecto, el uso generalizado de calderas de biomasa en parques de bomberos y demás instalaciones públicas y principalmente privadas, podría convertirse en la primera y mas eficaz línea de fuego para combatir a los incendios forestales, pues permitiría reconducir parte del gran potencial energético de la biomasa actualmente destructivo hacia un optimo aprovechamiento energético que ayudaría a la conservación del monte, a



combatir el cambio climático y a disminuir nuestra dependencia de los combustibles fósiles. Quizás sea momento no tanto de reproches sino mas bien de un cambio de estrategia en la lucha contra el fuego que nos incumbe a todos también como consumidores de energía, quizás incluso el aprovechamiento generalizado de la biomasa puede convertirse en el mejor homenaje para todos los bomberos caídos, es hora en definitiva de que nuestros políticos y ciudadanos tomen conciencia de

este inmenso potencial energético autóctono hasta ahora desdiseñado y logren por fin aprovecharlo en beneficio común.

Anna Maria Colomer Duran.
BARCELONA

Agradecimiento a los profesionales sanitarios

Ni las palabras ni los gestos pueden expresar nuestro profundo agradecimiento a los profesionales sanitarios de los Servicios de Cirugía Cardíaca y Reanimación Cardíaca y Reanimación Cardíaca que aten-

dieron a Amalia Díaz Llamazares. Amalia ingresaba el día 21 de febrero de 2009 y fallecía tres meses después en el Complejo Asistencial de León.

Durante este tiempo tan terrible de sufrimiento, dolor, incertidumbre y desesperación para todos nosotros, vuestra amabilidad, paciencia, comprensión y aliento, además de la extraordinaria atención médica recibida por ella, nos ayudaron a sobrellevar los momentos más difíciles. Por ello, en el nombre de Amalia y en el nuestro gracias de todo corazón, a todos y especialmente a Mario Castaño, Jesús Gómez-Plana, Pilar Mencía, Francisco Callejo, Javier Onasis, María José Alonso, Esperanza Pascual, Carlos Soria, Irene Pérez, Cristina García, Carlos Pascual, Blanca Prada, María Luisa Fernández, María Galiana y Pedro Gutiérrez.

Familia de Amalia Díaz Llamazares. LEÓN